

CUMBRE DE LAS AMERICAS Y CULTURA

Xavier Moyssén L.

Como sabemos, tres fueron los temas centrales en la recién concluida Cumbre Extraordinaria de las Américas celebrada en Monterrey, N.L.: el económico; lo relativo al crecimiento social y la gobernabilidad democrática. Vista más como un reparativo para la magna reunión del '95 en Buenos Aires, Argentina, nadie esperaba mucho de esta reunión dados los desacuerdos que desde un principio se sabía existían en puntos clave, como por ejemplo –el que me parece fundamental– la ratificación de la voluntad de crear al ahora famoso ALCA (Acuerdo de Libre Comercio de América), y que contaba con la oposición, si bien es cierto que por motivos diferentes, de Brasil y Venezuela (al concluir la reunión se logró imponer este punto que fue signado por 33 de los países presentes en la reunión, sólo Venezuela no lo hizo).

No deja de llamar la atención de que tanto en la propuesta general del ALCA ni en la agenda de esta reunión, que se pudiera haber sospechado se preocuparía por un temario más amplio puesto que tuvo una conferencia “Académica” preparativa (9 y 10 de marzo), se encuentren incluidos temas relativos al campo cultural, desde los derechos humanos hasta la salvaguarda de las identidades locales. Esta exclusión o menosprecio por esta temática es cuanto más notable si consideramos que de ser atendida y “administrada” adecuadamente, lo mismo serviría para los propósitos de quienes desean llegar a este acuerdo como para los que se le oponen.

Lograr un acuerdo como este supone armonizar y conjuntar los intereses económicos y sociales de todos los países de América, un esfuerzo descomunal si tomamos en cuenta que aún si contásemos con tres grandes bloques, América del Norte, del Sur y el Caribe, dentro de cada uno de ellos hay tal diversidad de comunidades que agigantan la tarea a realizar, sin contar, por supuesto, con diferendos existentes entre cada uno de los países que componen estos bloques, i.e. el escenificado ahora por Bolivia y Chile, o en el pasado entre Perú y el Ecuador, e incluso entre la Argentina e Inglaterra. Pero no sólo eso sino que, son precisamente estos aspectos los que hacen que no se trate únicamente de un acuerdo comercial, sino que forzosamente, tiene que pasar, de querer lograr sus objetivos, por consideraciones de tipo cultural.

Muchos de los problemas que ahora se enfrentaron, así como a los que se tendrá que hacer frente son relativos a las especificidades culturales que entran en juego al momento de dialogar. Por ejemplo, a las cláusulas de transparencia, que tienen por objetivo no sólo el acceso a la información y el transparentar las acciones gubernamentales y de otros, sino también, y con ello, evitar hasta donde sea posible actos de corrupción, son objetadas por Brasil y Venezuela, argumentando, entre

otros motivos y no sin razón, qué país y en nombre de qué será el que juzgue que tan corrupto es otro. Más allá de esta cuestión de índole ética y que deberá ser resuelta desde su competencia, lo cierto es que hay dos concepciones totalmente distintas acerca de qué es la corrupción y aunque en un principio se esté de acuerdo en que hay que erradicarla, culturalmente juega un papel muy distinto entre los países del norte y los del hemisferio sur. En Brasil, como en México, la cultura del favor es una práctica totalmente extendida entre todas las capas de la población y se aplica discrecionalmente de acuerdo a las circunstancias, de tal forma que no forzosamente se vive en todos los casos como un acto de corrupción. De entenderse estas diferencias y saber como tratarlas, como adecuarlas a los objetivos que se buscan, es casi seguro que se evitarían muchos tropiezos en las negociaciones.

Es el desconocimiento de estos factores o la arrogancia de querer no verlos ni tomarlos en cuenta, provoca que acuerdos con las proporciones de este estén condenados al fracaso. No es posible pretender hacer tabula rasa de todo un continente a fin de ajustarlo a un modelo homogéneo, sin esperar que siglos de historia, encuentros y desencuentros, tradiciones y costumbres, tengan algo que decir y oponer al respecto. Sin embargo, científicos sociales, como Néstor García Canclini, creen que de llegar a concretarse el ALCA pudiera ser que se dieran a su interior una serie de organizaciones regionales que, por su particular forma de asociarse y los intereses y necesidades que los lleven a ella, podrían sacar provecho u obtener beneficios de su relación con los países hegemónicos, tal y como podría ejemplificarlo el EZLN.

No tomar en cuenta la diversidad cultural hemisférica pone en evidencia tanto la ignorancia de quienes proponen y alientan al ALCA como del poco valor e importancia que todos y cada uno de los gobiernos de los países que lo compondrían, le conceden a estos temas, aún y cuando estén inmersos, cotidianamente, en ellos. Mas no sólo eso sino que parecen no querer hacer uso de la capacidad negociadora de la cultura más allá de aspectos meramente instrumentales o prácticos (industrias culturales, derechos de autor, libre circulación de profesionistas, etc.), cuando bien podrían aprovecharse del llamado “giro cultural”, esto es, el traslado de la atención de la alta cultura a procesos domésticos en los que es el usuario y la comunidad los que dotan de sentido a las prácticas artísticas o producción simbólica de objetos, para que los países de América Latina y grupos progresistas del Canadá, incluyeran toda una serie de cláusulas tendientes de defender, preservar y fortalecer las identidades culturales, desde la religión y el lenguaje hasta las artesanías, desde los conocimientos tradicionales en medicina y alimentación hasta la adquisición de nuevos saberes vía la Internet, desde la música y demás artes populares hasta su acceso a mercados internacionales.

Justificadas o no, las manifestaciones de los llamados globalifóbicos han sido hasta ahora más una mezcla de vandalismo, violencia irracional, publicidad gratuita, intereses encontrados y único medio para hacerse oír y dar a conocer sus reclamos que una bien

orquestrada oposición a las tendencias de la rapiña global; pero puede llegar el día (como ya ha sucedido, y qué mejor ejemplo que la Ciudad de México en el '85) en que esta masa semiamorfa, surgida de la sociedad civil, se organice mejor, cree sus propios cuadros, identifique y defina sus necesidades e interese, haga suyos los temas relativos a la cultura y abandone las calles para tomar en sus manos los medios, procesos y recursos que satisfagan sus reclamos, será entonces, el anuncio de la final disolución de los estados nacionales y sus gobiernos pues sus comunidades los habrán rebasado y con mucho.

Así pues, la celebración de estas cumbres bien pudiera ser un último aviso, una postrera oportunidad para que los gobiernos reasumieran el liderato de sus propios países atendiendo con cuidado y diligencia a su propia diversidad cultural para hacer con y de ella uno de los motores más valiosos mediante el cual puedan alcanzar un desarrollo social, económico y político, local, regional y global, más equitativo, realmente fraterno y solidario con todos los pueblos de América.